

LA GUARDADORA DE GANSOS

(Véase la lámina de la página siguiente)

Erase una vez una reina anciana, viuda desde hacía muchos años, y con una hermosa hija que fué prometida al hijo de un rey. Llegado el momento en que debía verificarse la boda y en que la princesa había de marcharse al reino de su futuro esposo, su madre la proveyó abundantemente de ropas y alhajas de oro y plata, de jarrones y dijes, en una palabra, de todo cuanto corresponde á una novia de tan ilustre estirpe, porque la bondadosa reina quería entrañablemente á su hija. Además dióle por compañera una doncella, con quien había de hacer el viaje y que había de dejarla en manos de su prometido, y á una y á otra entrególes sendos caballos; el de la princesa se llamaba *Falada* y podía hablar.

Cuando llegó la hora de la despedida, fué la madre á su cuarto, y cogiendo un cuchillito se hizo algunos cortes en los dedos. De la sangre que de éstos salió dejó caer tres gotas en un trapito blanco, que entregó á su hija diciéndole: «Toma, hija querida; guarda esas tres gotas de sangre, que podrán serte de gran utilidad para el camino.»

Despidiéronse luego con gran pena, y la princesa, metiéndose el trapito en el pecho, montó á caballo y encaminóse hacia el país de su prometido. Al cabo de una hora sintió gran sed, por lo que dijo á su doncella: «Baja del caballo y en el vaso que para mí llevas tráeme agua del torrente, porque tengo deseos de beber.» «Si tenéis sed, respondió aquélla, bajad del caballo vos misma é id á beber en el manantial, que yo no puedo ser vuestra criada.»

La princesa, sedienta como estaba, descabalgó y bebió inclinando su cuerpo sobre el agua del torrente y sin poder servirse de su vaso de oro. «¡Dios mío!» exclamó. Y las tres gotas de sangre le respondieron: «Si tu madre supiese esto, el corazón le estallarí en el pecho.» Pero la princesa era humilde y sin hablar palabra volvió á montar á caballo.

Así anduvieron algunas millas más; pero el día era caluroso, el sol quemaba y de nuevo sintió sed la princesa, la cual, no acordándose ya de las malas palabras de su acompañante, díjole, al llegar junto á un arroyo: «Baja y dame de beber en mi vaso de oro.» La doncella, con más altanería aún que antes, le respondió: «Si queréis beber, bebed sola, pues yo no puedo ser vuestra criada.» La princesa, muerta de sed, bajó del caballo é inclinándose sobre el agua echóse á llorar y exclamó: «¡Dios mío!» Y las gotas de sangre contestaron nuevamente: «Si tu madre supiera esto, el corazón le estallarí dentro del pecho.»

Cuando hubo bebido y se incorporó, cayósele del seno el trapito que contenía las tres gotas de sangre y que fué arrastrado por la corriente sin que la joven, en su gran angustia, se percatara de ello. La criada, en cambio, lo había visto y se regocijaba del poder que así alcanzaba sobre su señora, pues ésta, perdidas las tres gotas de sangre, volvíase débil é impotente. Al querer la princesa montar de nuevo en su caballo, que se llamaba *Falada*, le dijo la criada: «*Falada* es para mí; tú, monta en mi rocín.» Y así lo hizo.

En seguida la criada ordenó á la princesa, con palabras duras, que se quitara sus regios vestidos y se pusiera los que ella llevaba, y le hizo jurar, finalmente, que nada diría de ello en la corte del rey, juramento que aquélla hubo de prestar, porque de lo contrario la habría asesinado allí mismo. Pero *Falada* se enteró de todo y lo tuvo muy en cuenta.

La criada montó en *Falada* y la verdadera novia en el mal jamelgo, y así prosiguieron su camino hasta que por último llegaron al palacio real. Gran alegría produjo su arribo; el hijo del rey les salió al encuentro, ayudó á la criada á bajar del caballo, y creyendo que aquélla era su prometida, la hizo subir á las habitaciones principales, mientras abajo se quedaba la princesa auténtica.

El anciano rey, que estaba asomado á una ventana, vió á la joven en el patio y admiró su hermosura, y entrando en la estancia, preguntó á la falsa princesa quién era aquella muchacha que había llegado con ella y que estaba en el patio. «Es una chica á quien he encontrado por el camino y á quien me he traído para que me acompañara. Ocu-

padla en algo, pues no quiero que esté ociosa.» Pero el anciano rey no tenía para ella ocupación alguna, y no sabiendo qué trabajo darle dijo: «Tengo un muchacho que guarda gansos; vuestra acompañante podrá ayudarle.» El muchacho á quien la verdadera novia había de ayudar se llamaba Conradito.



Beso perdido, escultura de Lamberto Escaler

La falsa novia díjole muy pronto al hijo del rey: «Querido esposo, te suplico que me hagas un favor. — Con mil amores, contestó aquél. — Pues manda venir á los matarifes y ordénales que degüellen al caballo que me ha traído, porque en el camino me ha hecho rabiarse mucho.» Pero lo que quería con ello era impedir que el animal explicara lo que ella había hecho con la princesa. El caso es que se salió con la suya y el leal *Falada* fué condenado á muerte. Cuando la princesa tuvo noticia de ello, prometió secretamente al matarife una moneda de oro si le prestaba un pequeño servicio, cual era que clavase la cabeza de *Falada* en una puerta grande y oscura de la ciudad, por donde ella pasaba mañana y tarde con sus gansos, á fin de que pudiera verla algunas veces más. Así prometió hacerlo el matarife, y en efecto, después de cortada la cabeza, la clavó en la puerta oscura.

Por la mañana temprano, cuando en compañía de Conradito pasó por aquella puerta, la princesa exclamó: «¡Oh *Falada*, que estás ahí clavado!» Y la cabeza respondió: «¡Y tú, joven reina, que guardas gansos! Si tu madre supiese esto, el corazón le estallarí en el pecho.»

Silenciosamente salieron de la ciudad los dos compañeros y se fueron al campo con los gansos. Llegados á la pradera, sentóse la princesa en el suelo y soltóse los cabellos, que eran como oro puro; Conradito, al verlos, quedóse admirado de su brillo y quiso arrancar un par de ellos. La princesa entonces exclamó: «¡Ay vientecito! Arrebátale á Conrado el sombrerito para que tenga que correr en su busca hasta que yo haya peinado, trenzado y recogido mis cabellos.»

En seguida levantóse un fuerte viento que arrebató el sombrero de Conradito, el cual hubo de echar á correr por el campo en su seguimiento. Cuando volvió, la princesa ya estaba peinada y el muchacho no pudo arrancarle ningún cabello, por lo que se enfadó y no habló ya con ella en todo el día, mientras guardaron juntos los gansos. Al anochecer regresaron al palacio.

A la mañana siguiente repitiéronse las mismas escenas al pasar la princesa y Conradito por la

puerta oscura de la ciudad y al llegar á la pradera.

Por la noche, cuando hubieron regresado al palacio, Conradito se presentó al anciano rey y le dijo: «No quiero volver á guardar los gansos con esa muchacha. — ¿Por qué?, preguntóle aquél. — Porque me hace enfadar durante todo el día.» Entonces el rey le mandó que le explicase lo que pasaba. «Por la mañana, díjole Conradito, cuando pasamos con la manada por la puerta oscura, mi compañera, dirigiéndose á una cabeza de rocín que hay allí clavada, exclama: «¡Oh *Falada*, que estás ahí clavado!» Y la cabeza le responde: «¡Y tú, joven reina, que guardas gansos! Si tu madre supiese esto, el corazón le estallarí en el pecho.» Y luego siguió refiriéndole todo lo que sucedía en la pradera y cómo tenía él que correr tras de su sombrero que el viento le arrebatava.

El anciano rey le ordenó que al día siguiente saliera como siempre al campo, y él mismo, por la mañana, situóse detrás de la puerta oscura y oyó cómo la joven hablaba con la cabeza de *Falada*; luego la siguió al campo y se ocultó detrás de un sotillo que había en la pradera, desde donde no tardó en ver por sus propios ojos cómo los dos muchachos aparecían con la manada y cómo, al cabo de un rato, se sentó la princesa y soltó su cabellera, cuyo brillo deslumbraba, diciendo al mismo tiempo: «¡Ay vientecito! Arrebata á Conrado el sombrerito para que haya de correr en su busca hasta que yo haya peinado, trenzado y recogido mis cabellos.»

Levantóse entonces el viento que arrebató el sombrero á Conradito, el cual hubo de correr en su seguimiento, mientras la joven peinaba y trenzaba sus cabellos silenciosamente. El anciano rey, después que lo hubo observado todo, marchóse, sin que nadie le viera, y cuando por la noche la guardadora de gansos regresó al palacio, la mandó llamar y á solas con ella le preguntó por qué hacía todo aquello que él había visto. «No puedo decírtelo, respondió la princesa, ni puedo referir mis penas á nadie, pues así lo he jurado á fin de salvar mi vida.» Insistió el rey, pero por más que hizo no logró sacar nada de ella, por lo cual le dijo: «Ya que á mí nada quieres decirme, cuenta tus pesares á esa chimenea.» Y diciendo esto, salió de la estancia. Entonces la princesa se encaramó á la chimenea y comenzó á lamentarse y á llorar, desahogando su corazón con estas palabras: «Estoy abandonada de todo el mundo y sin embargo soy hija de rey. Una criada desleal me ha obligado violentamente á quitarme mis vestidos y ha tomado mi puesto al lado de mi prometido, mientras yo he de desempeñar los más bajos oficios como guardadora de gansos. Si mi madre supiese esto, el corazón se le saltaría en el pecho.» El rey, que desde fuera la escuchaba por el tubo de la chimenea y que oyó todo lo que la princesa dijo, entró de nuevo en la habitación y mandó á la joven que saliese de la chimenea. Después hizo que se vistiera sus regios vestidos y quedó asombrado de lo hermosa que estaba, y llamando á su hijo, le manifestó que la que había tomado por su prometida no era tal, sino una criada, y que la verdadera novia era aquella que hasta entonces había guardado gansos. El príncipe regocijóse en extremo al contemplar tanta belleza y virtud tanta. Con este motivo celebróse un gran banquete, al que fueron invitados todos los buenos amigos y otras muchas gentes. Ocupaba la presidencia el novio, teniendo á un lado á la princesa y al otro á la criada; pero ésta estaba deslumbrada y no reconoció á su ama en su espléndido atavío.

Cuando hubieron comido y bebido y estaban todos de excelente humor, el anciano rey propuso á la criada la siguiente cuestión: «¿Qué castigo merecería quien hubiese ofendido al Señor haciendo esto y lo otro y lo de más allá?» Y refirió toda la historia de lo sucedido. «Merecería, respondió la interpelada, que la pusieran en cueros vivos y la metieran en un tonel lleno de puntiagudos clavos, y que puesta así la hicieran arrastrar por dos caballos á través de calles y plazas hasta que hubiese perecido. — Pues esto es lo que tú mereces, exclamó el anciano rey, y tú misma te has dictado la sentencia. Hágase, pues, contigo lo que has dicho.»

Y cuando se hubo cumplido la sentencia, el joven príncipe se casó con su verdadera novia y ambos gobernaron su reino en paz y dichosos.

(De los cuentos de los hermanos Grimm.)



LA GUARDADORA DE GANSOS, cuadro de Val Prinsep. (Véase el cuento de la página 684.)